

- Ledesma, Roberto, *Genio y figura de Rubén Darío*, Buenos Aires, 1964.
- Lozano, Carlos, *La influencia de R. D. en España*, Managua, 1978.
- Marasso, Arturo, *Rubén Darío y su creación poética*, 3.ª ed., Buenos Aires, 1973.
- Martín, Carlos, *América en R. D.*, Aproximación al concepto de literatura hispanoamericana, Madrid, 1972.
- Mejía Sánchez, Ernesto, *Estudios sobre Rubén Darío*, Méjico, Fondo de Cultura Económica, 1968.
- Oliver Belmás, Antonio, *Ese otro Rubén Darío*, 2.ª ed., Madrid, 1968.
- Paz, Octavio, *Cuadrivio*, 2.ª ed., Méjico, 1969.
- Reyes Huete, Alejandro, *Darío en su prosa*, Granada (Nicaragua), 1960.
- Sarrailh, Michèle, *En torno a Rubén Darío y García Márquez*, París, 1979.
- Mejía Sánchez, Ernesto, *Cuestiones rubendarianas*, Madrid, 1970.
- Schulman, Iván A., *Diez estudios sobre R. D.*, Santiago de Chile, 1967.
- Torre, Guillermo de, *Vigencia de R. D. y otras páginas*, Madrid, 1969.
- Torres Bodet, Jaime, *R. D., abismo y cima*, Méjico, 1966.
- Watland, Charles D., *Formación literaria de R. D.*, Managua, 1966.

## CUENTO DE PASCUAS

## I

Una noche deliciosa, en verdad... El "reveillon" en ese hotel lujoso y elegante, donde tanta belleza y fealdad cosmopolita se junta, en la competencia de las libras, los dólares, los rublos, los pesos y los francos. Y con la alegría del champagne y la visión de blancos rosados, de brillos, de gemas. La música luego, discreta, a lo lejos...

No recuerdo bien quién fue el que me condujo a aquel grupo de damas, donde florecían la yanqui, la italiana, la argentina... Y mi asombro encantado ante aquella otra seductora y extraña mujer, que llevaba al cuello por todo ardon un estrecho galón rojo... Luego, un diplomático que lleva un nombre ilustre me presentó al joven alemán políglota, fino, de un admirable don de palabra, que iba, de belleza en belleza, diciendo las cosas agradables y ligeras que placen a las mundanas.

—M. Wolfhart —me había dicho el ministro. Un hombre amenísimo. Conversé largo rato con el alemán, que se empeñó en que hablásemos castellano, y por cierto, jamás he encontrado un extranjero de su nacionalidad que lo hablase tan bien. Me refirió algo de sus viajes por España y la América del Sur. Me habló de amigos comunes, y de sus aficiones ocultistas. En Buenos Aires había tratado a un gran poeta y a un antiguo compañero, en una oficina pública, el excelente amigo Patricio... En Madrid... Al poco rato teníamos las más cordiales relaciones. En la atmósfera de elegancia del hotel, llamó mi atención la señora que apareció un poco tarde, y cuyo aspecto evocaba en mí algo de regio y de galante a la vez. Como yo hiciese notar a mi interlocutor mi admiración y mi entu-

siasmo. Wolfhart me dijo por lo bajo, sonriendo de cierto modo: “¡Fíjese usted! ¡Una cabeza histórica! ¡Una cabeza histórica!” Me fijé bien. Aquella mujer tenía, por el perfil, por el peinado, un peinado, si no con la exageración de la época, muy semejante a las “coiffures á la Cléopatre”, por el aire, por la manera, y, sobre todo, después que me intrigara tanto *un galón rojo que llevaba por único adorno en el cuello*, tenía, digo, un parecido tan exacto con los retratos de la reina María Antonieta, que por largo rato permanecí contemplándola en silencio. En realidad, era una cabeza histórica. Y tan histórica por la vecindad... A dos pasos de allí, en la plaza de la Concordia... Sí, aquella cabeza que se peinara a “la circasiana”, “a la Belle-Poule”, “al casco inglés”, “al gorro de candor”, “al gorro de candor”, a “la queue en flambeau d’amour”, “á la chien couchant”, “a la Diane” a las tantas cosas más, aquella cabeza...

Se sentó la dama a un extremo del hall, y la única persona con quien hablara fue Wolfhart, y hablaron según me pareció, en alemán. Los vinos habían puesto en mi imaginación su movimiento de brumas de oro, y alrededor de la figura de encanto y de misterio, hice flotar un vuelo de suposiciones exquisitas. La orquesta, con las oportunidades de la casualidad, tocaba una pavana. Cabelleras empolvadas, moscas asesinas, trianones de realizados ensueños, galantería pomposa y libertinaje encintado de poesía, tantas imágenes adorables, tanta gracia sutil o pimentada, de página de memoria, de anécdota, de correspondencia, de panfleto... Me venían al recuerdo versos de los más lindos escritos con tales temas, versos de Montesquiou, Fezensac, de Regnier, los preciosos poemas italianos de Lucini... Y con la fantasía dispuesta, los cuentos milagrosos, las materializaciones estudiadas por los sabios de los libros arcanos, las posibilidades de la ciencia, que no son sino las concesiones a un enigma cada día más hondo, a pesar de todo... La fácil excitabilidad de mi cerebro estuvo pronto en acción. Y cuando, después de salir de mis cogitaciones, pregunté al alemán el nombre de aquella dama, y él me embrolló la respuesta, repitiendo tan sólo lo de

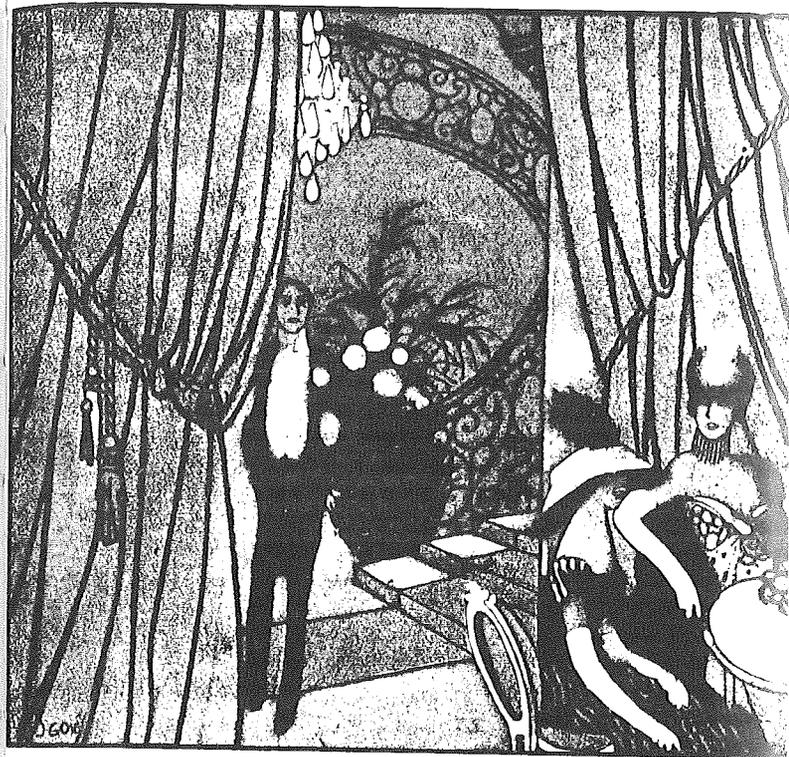
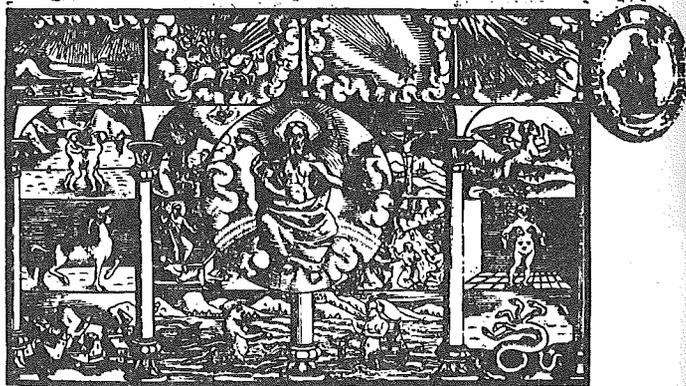


Ilustración de J. Gosé para *Cuento de Pascuas*, de Rubén Darío.

# PRODIGI ORVM AC OSTENTORVM CHRONICON,

Quæ præter naturæ ordinem, motum,  
ET OPERATIONEM, ET IN SVPERIO-  
ribus & his inferioribus mundi regionibus, ab exordio mundi usque ad hæc  
nostra tempora, acciderunt. Quod portentorum genus non temerè evenire  
solet, sed humano generi exhibitum, feueritatem iramq; Dei aduersus scele-  
ra, et magnas in mundo vicissitudines portendit. Partim ex probatis fideiq;  
authoribus Græcis, atque Latinis: partim etiam ex multorum  
annorum propria obseruatione, summâ fide, studio, ac fe-  
licitate, adiectis etiam rerum omnium ueris ima-  
ginibus, conscriptum per

CONRADVM LYCOSTHENEM  
RVBEAQVENSEM.



Cum Cæsareæ Maiest. gratia & priuilegio:  
BASILEAE, PER HENRICUM  
CVM PETRI.

*Prodigiorum ostentorum chronicon*, fuente de *Cuento de Pascuas*, de Rubén Darío.

lo histórico de la cabeza, no quedé ciertamente satisfecho. No creí correcto insistir; pero como, siguiendo en la charla, yo felicitase a mi flamante amigo por haber en Alemania tan admirables ejemplares de hermosura, me dijo vagamente: "No es de Alemania. Es de Austria". Era una belleza "austriaca...". Y yo buscaba la distinta semejanza de detalle con los retratos de Kucharsky, de Riotti, de Boizot, y hasta con las figuras de cera de los sótanos del museo Grevin...

## II

—Es temprano aún —me dijo Wolfhart, al dejarle en la puerta del hotel en que habitaba—. Pase usted un momento, charlaremos algo más, antes de mi partida. Mañana me voy de París, y quien sabe cuándo nos volveremos a encontrar. Entre usted. Tomaremos, a la inglesa, un "wiskey and-soda" y le mostraré algo interesante. Subimos a su cuarto por el ascensor. Un "valet" nos hizo llevar el bebedizo británico, y el alemán sacó un cartapacio lleno de viejos papeles. Había allí un retrato antiguo, grabado en madera.

—He aquí —me dijo— el retrato de un antecesor mío, Theobald Wolfhart, profesor de la universidad de Heidelberg. Este abuelo mío fue posiblemente un poco brujo, pero, de cierto, bastante sabio. Rehizo la obra de Julius Obsequens sobre los prodigios, impresa por Aldo Manucio, y publicó un libro famoso, el *Prodigiorum ac ostentorum Chronicon*, un folio editado en Basilea en 1557. Mi antepasado no lo publicó con su nombre, sino bajo el pseudónimo de Conrad Lycosthenes. Theobald Wolfhart era un filósofo sano de corazón, que, a mi entender, practicaba la magia blanca. Su tiempo fue terrible, lleno de crímenes y desastres. Aquel moralista empleó la revelación para combatir las crueldades y perfidias, y expuso a las gentes con ejemplos extraordinarios como se manifiestan las amenazas de lo invisible por medio de signos de espanto y de incomprensibles fenómenos. Un ejemplo será la aparición

del cometa de 1557, que no duró sino un cuarto de hora, y que anunció sucesos terribles. Signos en el cielo, desgracias en la tierra. Mi abuelo habla de ese cometa que él vio en su infancia, y que era enorme, de un color sangriento, que en su extremidad se tornaba del color del azafrán. Vea usted esta estampa que lo representa, y su explicación por Lycosthenes. Vea usted los prodigios que vieron sus ojos. Arriba hay un brazo armado de una colosal espada amenazante, tres estrellas brillan en la extremidad, pero la que está en la punta es la mayor y más resplandeciente. A los lados hay espadas y puñales, todo entre un círculo de nubes; y entre esas armas hay unas cuantas cabezas de hombres. Más tarde escribirá sobre tales fantásticas maravillas Simon Goulard, refiriéndose al cometa: "Le regard d'icelle donna telle frayeur à plusieurs qu'aucuns en moururent; autres tombèrent malades." Y Petrus Creusserus, discípulo de Lichtenberg —el astrólogo—, dice un autor, que, habiendo sometido el fenómeno terrible a las reglas de su arte, sacó las consecuencias naturales, y tales fueron los pronósticos, que los espíritus más juiciosos padecieron perturbación durante más de medio siglo. Si Lycosthenes señala los desastres de Hungría y de Roma, Simon Goulard habla de las terribles asolaciones de los turcos en tierra húngara, el hambre en Suabia, Lombardía y Venecia, la guerra en Suiza, el sitio de Viena de Austria, sequía en Inglaterra, desborde del océano en Holanda y en Zelanda y un terremoto que duró ocho días en Portugal. Lycosthenes sabía muchas cosas maravillosas. Los peregrinos que retornaban de Oriente, contaban visiones celestes. ¿No se vio en 1480 un cometa, en Arabia, de apariencia amenazante y con los atributos del Tiempo y de la Muerte? A los fatales presagios sucedieron las devastaciones de Corintia, la guerra en Polonia. Se aliaron Ladislao y Matías el Huniada. Vea usted este rasgo de un comentador: "Las nubes tienen sus flotas como el aire sus ejércitos"; pero Lycosthenes, que vivía en el centro de Alemania, no se asienta sobre tal hecho. Dice que en el año 114 de nuestra era, simulacros de navíos se vieron entre las nubes. San Agobardo, obispo de Lyon, está más

informado. El sabe a maravilla a qué región fantástica se dirigen esas ligeras naves. Van al país de Magonia, y sólo por reserva el santo prelado no dice su itinerario. Esos barcos iban dirigidos por los hechiceros llamados *tempetarii*. Mucho más podría referirle; pero vamos a lo principal. Mi antecesor llegó a descubrir que el cielo y toda la atmósfera que nos envuelve, están siempre llenos de esas visiones misteriosas; y con ayuda de un su amigo alquimista, llegó a fabricar un elixir que permite percibir de ordinario lo que únicamente por excepción se presenta a la mirada de los hombres. Yo he encontrado ese secreto, concluyó Wolfhart, y aquí, agregó sonriendo, tiene usted el milagro en estas pastillas comprimidas. ¿Un poquito más de whisky?

No había duda de que el alemán era hombre de buen humor, y aficionado no solamente al alcohol inglés, sino a todos los paraísos artificiales. Así, me pareció ver en la caja de pastillas que me mostraba, algún compuesto de opio o de cáñamo indiano.

—Gracias —le dije—; no he probado nunca, ni quiero probar, el influjo de la "droga sagrada". Ni haschis, ni el veneno de Quincey...

—Ni una cosa, ni otra. Es algo vigorizante, admirable hasta para los menos nerviosos.

Ante la insistencia, y con el último sorbo de whisky, tomé la pastilla, y me despedí. Ya en la calle, aunque hacía frío, noté que circulaba por mis venas un calor agradable. Y olvidando la pastilla, pensé en el efecto de las repetidas libaciones. Al llegar a la plaza de la Concordia, por el lado de los Campos Elíseos, noté que no lejos de mí caminaba una mujer. Me acerqué un tanto a ella y me asombró el verla a aquellas horas, a pie y soberbiamente trajeada; sobre todo, cuando a la luz de un reverbero vi su gran hermosura, y reconocí en ella a la dama cuyo aspecto me intrigase en el "reveillon"; la que tenía por todo adorno en el cuello blanquísimo, un fino galón rojo, rojo como una herida. Oí a un lejano reloj dar unas horas. Oí la trompa de un automóvil. Me sentía como poseído de extraña embriaguez. Y apartando de mí toda idea de suceso

sobrenatural, avancé hacia la dama que había pasado ya el obelisco, y se dirigía del lado de las Tullerías.

“Madame —le dije—, madame...” Había comenzado a caer como una vaga bruma, llena de humedad y de frío, y el fulgor de las luces de la plaza aparecía como diluido y fantasmal. La dama me miró al llegar a un punto de la plaza que, de pronto, me apareció como el escenario de un cinematógrafo. Había como apariencias de muchas gentes, en un ambiente como el de los sueños, y yo no sabría decir la manera con que me sentí, como en una existencia a un propio tiempo real y cerebral... Alcé los ojos y vi en el fondo opaco del cielo las mismas figuras que en la estampa del libro de Lycosthenes, el brazo enorme, la espada enorme, rodeados de cabezas. La dama, que me había mirado tenía un aspecto tristemente fatídico, y cual por la obra de un ensalmo, había cambiado de vestiduras; y estaba con una especie de fichú cuyas largas puntas le caían por delante, y en su cabeza no había ya el peinado a “la Cléopatre”, sino una pobre cofia bajo cuyos bordes se veían cabellos emblanquecidos. Y luego, cuando iba a acercarme más, percibí a un lado como una carreta, y unas desdibujadas figuras de hombres con tricornios y espadas, y otras con picas. A otro lado un hombre a caballo; y luego una especie de tablado... ¡Oh Dios, naturalmente, naturalmente; he aquí la reproducción de lo “ya visto...” ¿en mí hay reflexión aún en este instante? Sí, pero siento que lo invisible, entonces visible, me rodea. Sí, es la guillotina. Y, tal en las pesadillas, con mucho, mucho de palpable en realidad, como si sucediese, veo desarrollarse —¿he hablado ya de cinematógrafo?— la tragedia... Aunque, por no sé cual motivo, no pude darme cuenta de más detalles, vi que la dama me miró de nuevo, y bajo el fulgor color de azafrán que brotaba de la visión celeste y profética, brazo, espada, nubes y cabezas, vi cómo caía, bajo el hacha mecánica, la cabeza de aquella que poco antes, en el salón del hotel, me admirara con su encanto galante y real, con su aire soberbio, con su cuello muy blanco, adornado con un único galón color de sangre.

## III

¿Cuánto tiempo duró aquel misterioso espectáculo? No lo sabría decir, puesto que ello fue bajo el imperio desconocido en que la ciencia aún anda a tientas; el tiempo en el ensueño no existe, y mil años, según observaciones experimentales, pueden pasar en un segundo. Todo aquello había desaparecido, y, dándome cuenta del lugar en donde me encontraba, avancé, siempre hacia el lado de las Tullerías. Avancé y me vi entre el jardín, y no dejé de pensar rapidísimamente cómo era que las puertas estaban aún abiertas. Siempre bajo la bruma pálida de aquellas nocturnas horas, seguí adelante. Saldré, me dije, por la primera puerta del lado de la calle Rivoli, que quizás esté también abierta... ¿cómo no ha de estar abierta?... ¿Pero era o no era aquel jardín el de las Tullerías?... Árboles, árboles de oscuros ramajes en medio del invierno... Tropecé al dar un paso con algo semejante a una piedra, y me llené, en medio de mi casi inconsciencia, de una sorpresa pavorosa, cuando escuché un ¡ay! semejante a una queja, parecido a una palabra entrecortada y ahogada; una voz que salía de aquello que mi pie había herido, y que era, no una piedra, sino una cabeza. Y alzando hacia el cielo la mirada vi la faz de la luna en el lugar en que antes la espada formidable, y allí estaban las cabezas de la estampa de Lycosthenes.<sup>1</sup> Y aquel jardín, que se extendía vasto cual

<sup>1</sup> *allí estaban las cabezas de las estampas de Lycosthenes*: como lo prueban fehacientemente las reproducciones del libro de Lycosthenes que aquí figuran, fue de la obra de éste y no de la traducción del libro de Jules Obsequent por Georges de La Bouthière (Lyon, 1553) de la que se inspiró Darío para este relato. En efecto, la versión francesa de los *Prodigios* de Obsequent no menciona el prodigio de 1527 ya que describe hechos ocurridos hasta 1493, ni menciona los de antes de esta fecha y que figuran en el cuento de Darío. El *Prodigiorum* de Lycosthenes es la verdadera fuente de este relato, junto con las obras de Goulard y de Santo Agobardo de Lyon. Espero que las reproducciones de los grabados y textos correspondientes le sean al lector lo suficientemente explícitas. Amén de plantearse la cuestión de dónde, cómo, cuándo

una selva, me llenó del encanto grave que había en su recinto de prodigio. Y a través de velos de ahumado oro refulgía tristemente en lo alto la cabeza de la luna. Después me sentí como en una certeza de poema y de libro santo, y como por un motivo incoherente resonaban en la caja de mi cerebro las palabras: "¡Última hora! ¡Trípoli! La toma de Pekín!" leídas en los diarios del día. Conforme con mis anhelos de lo divino, experimentando una inexpresable angustia, pensé: "¡Oh Dios! ¡Oh Señor! ¡Padre nuestro...!"

Volví la vista y vi a un lado, en una claridad dulce y dorada, una forma de lira, y sobre la lira una cabeza igual a la del Orfeo de Gustave Moreau,<sup>2</sup> del Luxembourg. La faz expresaba pesadumbre; y alrededor había como un movimiento de seres, de los que se llaman animados, porque sus almas se manifiestan por el movimiento, y de los que se llaman inanimados porque su movimiento es íntimo y latente. Y oí que decía, según me ayuda mi recuerdo, aquella cabeza: "¡Vendrá, vendrá el día de la concordia, y la lira será entonces consagrada en la pacificación!" Y cerca de la cabeza de Orfeo vi una rosa milagrosa, y

---

Darío tuvo a su disposición dichas obras, habrán de tomarse esas referencias como señal del interés esotérico y ocultista del escritor. En este sentido no hay que olvidar que fue lector de *Le Lotus*, la revista teosofista, y que su poema "Aum" —om, en castellano— le dedica al símbolo que en la portada de la revista representaba al *soplo divino*. Tampoco hay que olvidar que, en efecto, con el amigo Patricio Piñeiro Sorondo y con Leopoldo Lugones (*Autobiografía*, caps. 45 y 46) discutieron juntos en Buenos Aires de ocultismo. El relato *El caso de la señorita Amelia* es también fruto de su interés esotérico. Estos casos y otros en la obra de Darío, de Lugones y de Herrera y Reissig estudié en el marco de mi tesis doctoral ante la Sorbona, presentada en 1972.

Un último detalle. En el texto, Darío confunde las fechas del prodigio de la espada y las cabezas y la de la edición, sin que en ninguna versión publicada después se corrigiera el error, lo que tampoco se hace en ésta.

<sup>2</sup> *El Orfeo de Gustave Moreau*: es uno de los cuadros más famosos de su época. Darío admiraba al pintor, a quien le dedicó un poema con su nombre, fechado en París en 1905 (ver: *Obras completas, El chorro de la fuente*, Madrid, Aguilar, p. 1012).

una yerba marina, y que iba avanzando hacia ellas una tortuga de oro.

Pero oí un gran grito, al otro lado. Y el grito era como de un coro de muchas voces. Y a la luz que os he dicho, vi que quien gritaba era un árbol, uno de los árboles coposos, lleno de cabezas por frutos; y pensé que era el árbol de que habla el libro sagrado de los musulmanes. Oí palabras en loor de la grandeza y omnipotencia de Alah. Y bajo el árbol había sangre.

Haciendo un esfuerzo, quise ya no avanzar, sino retroceder a la salida del jardín; y vi que por todas partes salían murmullos, voces, palabras de innumerables cabezas que se destacaban en la sombra como aureoladas, o que surgían entre los troncos de los árboles. Como acontece en los instantes dolorosos de algunas pesadillas, pensé que todo lo que me pasaba era un sueño, para disminuir un tanto mi pavor. Y en tanto pude *reconocer* una temerosa y abominable cabeza asida por la mano blanca de un héroe, asida de su movible e infernal toisón de serpientes: la tantas veces maldecida cabeza de Medusa. Y de un brazo, de un brazo como de carne de oro de mujer, pendía otra cabeza, una cabeza con barba ensortijada y oscura, y era la cabeza del guerrero Holofernes. Y la cabeza de Juan el Bautista; y luego, como viva de una vida singular, la cabeza del Apóstol que en Roma hiciera brotar el agua de la tierra; y otra cabeza que Rodrigo Díaz de Vivar arrojó en la cena de la venganza, sobre la mesa de su padre.

Y otras que eran la del rey Carlos de Inglaterra, y la de la reina María Estuardo... Y las cabezas aumentaban, en grupos, en amontonamientos macabros, y por el espacio pasaban relentes de sangre y de sepulcro, y eran las cabezas hirsutas de los dos mil halconeros de Bayaceto; y las de las odaliscas degolladas en los palacios de los reyes y potentados asiáticos; y las de los innumerables decapitados por su fe, por el odio, por la ley de los hombres; las de los decapitados de las hordas bárbaras, de las prisiones y de las torres reales; las de los Kengiskanes, Abdulhamides y Behanzines...

Dije para mí: ¡Oh mal triunfante! ¿Siempre seguirás sobre la faz de la tierra? ¿Y tú París, cabeza del mundo, serás también cortada con hacha, arrancada de tu cuerpo inmenso?

Cual si hubiesen sido escuchadas mis interiores palabras, de un grupo en que se veía la cabeza de Luis XVI, la cabeza de la princesa de Lamballe, cabezas de nobles y cabezas de revolucionarios, cabezas de santos y cabezas de asesinos, avanzó una figura episcopal que llevaba en sus manos su cabeza, y la cabeza del mártir Dionisio, el de las Galias, exclamó: "¡En verdad, digo, que Cristo ha de resucitar!

Y al lado del apostólico decapitado vi a la dama del hall del hotel, a la dama austriaca, con el cuello desnudo, pero en el cual se veía como un galón rojo, una herida purpúrea; y María Antonieta, dijo: "¡Cristo ha de resucitar!" Y la cabeza de Orfeo, la cabeza de Medusa, la cabeza de Holofernes, la cabeza de Juan y la de Pablo, el árbol de cabezas, el bosque de cabezas, la muchedumbre fabulosa de cabezas, en un hondo grito clamó: "¡Cristo ha de resucitar! ¡Cristo ha de resucitar...!"

—Nunca dormir inmediatamente después de comer  
—concluyó mi buen amigo el doctor.